



ESPAÑA es un país pintoresco. Siempre lo fue, aunque hasta el siglo XIX no lo descubrieron los muchos e ilustres viajeros venidos de fuera, ni nos descubrieron, ya que si España es pintoresca lo es porque los españoles también lo somos, aunque ahora por distintos motivos que entonces.

Testimonios curiosísimos de lo que se encontraron a su paso por el albero hispano nos dejaron por escrito Alejandro Dumas en su libro "De París a Cádiz", que no daba a veces crédito a lo que veía. Otro que no salía de su asombro a cada paso que daba fue Hans Christian Andersen, que cruzó España de arriba abajo y de abajo arriba, viendo lo que no se esperaba ver y que contó de forma muy entretenida, porque Andersen era una persona amenísima, y en su "Viaje por España" dejó constancia escrita de todo ello. Otro fue Washington Irving,

que no solo vino a España sino que, además, quedó alucinado de ella, de sus gentes y de sus extravagancias, autor de "Cuentos de la Alhambra", quien como aperitivo a los cuentos cuenta su viaje de Sevilla a Granada acompañado de un guía vizcaíno que, como el escudero [también vizcaíno] que se batío con don Quijote, a quien abrió la cabeza de un espaldazo, trataba el castellano a coces, e hizo que llegara a la Alhambra ya entonado por lo visto y oído durante el camino. Otro fue Richard Ford, quien recorrió toda la península en compañía de arrieros, vestido como ellos, viviendo intensamente a la vez que sufriendo sus vicisitudes y empapándose de españolismo, lo que le permitió conocer España mejor que los propios españoles. Su "Manual para viajeros por España y lectores en casa" es la prueba de ello. Y otro más, George Borrow, vendedor ambulante de Biblia,

LA CARTILLA

País de traca

JUAN ANTONIO GARCÍA IGLESIAS



**Si pintorescos éramos entonces, pintorescos seguimos siéndolo, pero por otras razones.
Esta capacidad nuestra continuamos cultivándola sin ningún esfuerzo, incluso con entusiasmo**

más pintoresco si cabe que los españoles, de ahí que no tuviese dificultad alguna para integrarse perfectamente en la escena, llegando a ser uno más de los que se movían por ella. "La Biblia en España" es la muestra de su paso entre nosotros. Tanto Borrow como Ford tienen calle en Salamanca. Y Próspero Mérimée, que captó el topicazo que le inspiró la novela "Carmen", de la que se extrajo el libreto de la ópera que lleva el mismo título, a la que puso música Georges Bizet.

Si pintorescos éramos entonces, pintorescos seguimos siéndolo, pero por otras razones. Con sólo echar una mirada a la actualidad vemos que esta capacidad nuestra continuamos cultivándola sin ningún esfuerzo, incluso con entusiasmo. Somos como somos y nos lo demostramos a nosotros mismos un día sí y otro también, resultando todo ello grotesco, cuando no bochorno-

so, a la vez que divertido, en el sentido de que no nos aburrimos de nosotros mismos ni de nuestras cosas. Muchos españoles incluso se regodean, sintiéndose muy satisfechos y felices de ser como son y de hacer lo que hacen.

Habitamos un país de traca, porque a los españoles —no a todos, evidentemente— les va la marcha. Y marchando otra de Gordillo, el "Ghandi del siglo XXI", camino del Congreso de los Diputados que piensa situar el 25 de septiembre, él, su famélica legión y demás tropa. Es también el país del peregrinaje al monasterio de la Misericordia de Borja para fotografiarse con el Ecce-homo convertido por obra y arte de su "restauradora" en un adefesio al que todo el

mundo encuentra parecido, monasterio que el obispado cerró porque aquello parecía la feria de Valverde. Y de la edil de Los Yébenes y demás protagonistas de la historia que han hecho que

este episodio doméstico haya dado la vuelta al mundo y vean hasta en las antípodas en qué gastamos el tiempo. Y de quienes desde la idocia o el paletismo [contra lo que no hay remedio fácil], han propuesto por la Universidad de Salamanca su candidatura al Premio Príncipe de Asturias a la Concordia a uno de los mayores chaqueteros del Reino, que un día juró los Principios Fundamentales del Movimiento para ser el rector más joven de la Universidad franquista y más tarde subsecretario de Educación y Ciencia del Gobierno de aquella España —¡Una, Grande y Libre!—, de lo que se valió para hacerse un nombre que después, muerto ya el dictador, sacó provecho abjurando de su pasado político, siendo hoy un destacado detractor del Archivo.

Si no fuese por esta gente diría que en España no cabe un tonto más, pero veo que caben todos... y más, muchos más.